

1996

Judit Gerendas, *El fósforo cautivo. Literatura latinoamericana y autodeterminación*

Petra-Iraides Cruz Leal

Citas recomendadas

Leal, Petra-Iraides Cruz (Primavera-Otoño 1996) "Judit Gerendas, *El fósforo cautivo. Literatura latinoamericana y autodeterminación*," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 43, Article 53.

Available at: <http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss43/53>

Judit Gerendas, *El fósforo cautivo. Literatura latinoamericana y autodeterminación*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1992.

La profesora Judit Gerendas rompe la rigidez ceremonial y la ruta del intelecto más sofisticado, de modo que su libro no es suntuoso ni academicista, pese al enfoque investigador del mismo. Gerendas sabe que afronta un reto, tal como se desprende de sus insistentes preguntas proclamales sobre qué valores quedan, hoy, cuando todas las ideologías están muertas, según parece confirmarse. La autora ve perfectamente que corre el riesgo de colocarse en el bando de los “derrotados”, pero siendo una confesada amante de temas *demodés*— como ella los llama— decide ir tras la pista de asuntos marginales, un tanto denigrados por los críticos ortodoxos. Es obvio que ella quiere analizar los textos más entrañables, siguiendo gustos concretos. No se oculta, pues, el carácter beligerante, osado, resuelto y decididamente asumido al emprender este trabajo.

El estudio no pretende ser exhaustivo o cerrado. No es tampoco un compendio de datos y fechas; ni es, en fin, un tomo dedicado al sondeo de determinadas obras del mismo estilo, autor o país. Más aún: si bien hay cierta insinuación en el subtítulo (“literatura latinoamericana y autodeterminación”), cabe la probabilidad de que alguien se interrogue, al principio, cuál es el hilo conductor que encadena las páginas del volumen reseñado. Ello sucedería, insistimos, al iniciar la lectura o al hojear un índice compuesto por 19 secciones sin aparente progresión. No obstante, la duda desaparece. El encadenamiento brilla con luces proyectadas en dos extremos singulares: en el epígrafe de apertura y en el colofón final del libro. Se clarifica, así, que existe un nexo entre la súplica del pueblo íntegro, pleno, circular, del epígrafe (verso vallejiano) y “El fósforo cautivo”, apartado último (donde revive Vallejo): “Quizás no sea aventurado suponer que no habrá que esperar demasiado para que también nuestros pueblos, venciendo los obstáculos de todo tipo que hoy en día se les presentan, logren (...) prender su fósforo durante tantos siglos cautivo” (p. 172). Claro que, en el fondo, el gozne unificante está en la perenne valentía de esta exégesis no purista; en la forma de observar los textos y fragmentos literarios en íntima concordancia con los entresijos e inclemencias de la

historia. En esencia, el criterio de organización responde a la necesidad de fundir esferas interdisciplinarias, en desenfadada alquimia. Es decir, la solidez crítica de Gerendas surge no sólo de formulaciones técnicas sino del sello ideológico que imprime la autora. A la postre, las diferencias de temas y capítulos no son tales, toda vez que hay una clara voluntad de indagar el texto desde un eje de alternancias, categorías y palabras, cuyo horizonte va más allá del signo verbalizado para internarse en la maraña de problemas latinoamericanos. Por tanto, hay un rumbo fijo que no desfallece en ningún momento, y los posibles inconvenientes de un libro fragmentario quedan eliminados.

Paulatinamente, las páginas centrales van derramando ese espíritu incitador que termina por abrir un canal de sugerencias. Entre la perspectiva sociológica y la lectura textual, Gerendas obtiene un equidistante punto de intersección. Y sin prurito inmanentista, el libro nos guía hacia la aventura de descubrir aspectos estéticos e intrahistóricos. Sabido es que una plaga de adversidades azota a la humanidad, y que esa plaga es tan virulenta en América Latina que acaba incrustada, lógicamente, en los vericuetos del arte. Por ejemplo, el desarraigo de pueblos desposeídos de su tradición oral, el grito anónimo y los rituales de negritud son significaciones revitalizadas en la poética de Nicolás Guillén: “Negros llamados igual que el ganado sin dueño, cimarrones, ellos llenaron de un contenido semántico de alto valor este término” (p. 20). Proeza de Nicolás Guillén fue saber incorporar en *Motivos del son*, y en *Sóngoro Cosongo*, “los elementos rítmicos, lingüísticos, temáticos y culturales de las colectividades negras y mulatas cubanas” (p. 124). Por supuesto en América claman igualmente las voces subterráneas e indígenas, en un paralelismo de tiempos pasados y actuales. Son buenos ejemplificadores el indio peruano Guamán Poma de Ayala y la guatemalteca Rigoberta Menchú. El primero tuvo el dramático coraje de escribir (a fines del siglo XVI y comienzos del XVII) la famosa “carta” de más de mil páginas, dirigida a los sucesivos monarcas de España, Felipe II y Felipe III: “Escribió desde su rabia y su indignación, violenta y vehementemente” (pp. 161, 162). Y sobre la segunda consta que, ya adulta, le nació la conciencia y la vocación solidaria. Rigoberta “se pone en marcha a lo largo de las tierras de su país, tal como lo hizo en su tiempo, hace ya casi cuatrocientos años, Guamán Poma de Ayala por las suyas” (140). Pero, rebasando el quehacer solitario, Rigoberta llega a erigirse en dirigente de su pueblo. La dirigente y “líder” — reitera la autora — también oró de cólera (vallejiana), mientras elaboraba un particular proyecto de futura confraternidad: “Ella es ancestral en sus tradiciones y moderna en los medios de preservarlas” (p. 141). Aquí entrará, asimismo, José María Arguedas, el escritor repudiado por muchos intelectuales, a quien Gerendas concede sin embargo notable espacio y atención. Se trata del Arguedas que no aspira a sostener intacta la herencia precolombina del antiguo Perú, y sí desea, en cambio, potenciar y divulgar el verdadero sentido de la música, la danza, la canción y la palabra

quechua hablada, con sus vigentes pautas: “más allá de la escritura” y de “la literatura como institución, las culturas ágrafas se hacen presentes con toda su fuerza” (p. 45).

Son muchas las voces y figuras evocadas en este rastreo, y desde luego la autora recurre al caudal de estetas para examinar el fenómeno literario bajo lupa escudriñadora y amplificadora: “Así como la oralidad y la gestualidad entran en *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, (...) así también en *Los siete locos* y en *Los lanzallamas* la degradación y la marginalidad asumidas por el escritor trastornan los valores habituales no sólo temáticamente, sino también sintáctica y lingüísticamente” (p. 47). A Gerendas le fascinan, cómo no, los aportes de la cultura popular, y especialmente aquellos que suelen transgredir la orientación de la literatura culta y tradicionalmente consagrada. Por dicha razón, resalta y pondera — casi siempre — las creaciones capaces de “satirizar los valores canonizados y [de]producir una voz nueva, áspera y subversiva” (p. 49). De ahí la variedad de autores y textos revisados. Entre otros: Manuel Scorza y su *Garabombo, el invisible* Guimaraes Rosa con su *Gran Sertón: veredas*; el Horacio Quiroga de *Los desterrados* el innovador Julio Cortázar, buscador de **cronopios** y otros juegos inéditos; o el Benedetti de “asordinada” e insurrecta poesía, que “impulsa la voz lírica desde las sombras de los compañeros llorados” (p. 165).

Por el mismo camino, Gerendas sigue espigando un discurso literario que ilustra señas de fracaso, desencanto, servidumbre y explotación. Con todo, la autora prefiere los personajes dolientes y subyugados, pero — eso sí — nunca vencidos y siempre prestos a dar la última batalla aun a costa de la muerte. No es raro que se inserten abundantes lemas de lucha, rebeldía y, sobre todo, liberación, en auténticas secciones paradigmáticas como las respectivamente tituladas: “La ficcionalización de la derrota”; y “La lucha por no perder nuestro discurso propio”. Y como era de esperar, Gerendas dirige sus pasos hacia la umbría de la identidad latinoamericana, según la entendieron los distintos autores: Mariano Melgar, José Martí, Pablo Neruda o el propio César Vallejo. Sin ir mucho más lejos, podemos encontrarnos frente a consideraciones solidarias explícitas y literalmente consignadas: “A pesar de las malas lenguas, individuo y colectividad no son antagónicos”, es el significativo título de otra de las secciones capitulares. En todo caso, debe subrayarse que el interés de Gerendas es permanentemente ético y humano, además de estético. Sus fecundas alusiones a Vallejo y Guillén son buena prueba: “Guillén no se conformó con la hazaña del lenguaje, con crear una musicalidad original y esplendorosa, [y] tampoco Vallejo se detiene en las embriagantes alternativas de una palabra poética liberada de todo amarre y de toda barrera, sino que ya en *Poemas humanos* se vuelve, solidario, hacia el hombre que sufre, para asumir un compromiso consciente” (p. 125).

Al redondear esta acumulación de elementos “impuros” y de aspectos considerados “no literarios”, la autora no olvida verter su opinión sobre la

llamada literatura testimonial que acopla, en efecto, un conjunto de referentes socioculturales e historicistas: “El proceso de producción y difusión del texto documental y testimonial en nuestra literatura tiene como parámetro la indagación en pos de la realidad histórica latinoamericana, al mismo tiempo que intenta contribuir a forjarla” (p. 56). A tenor de lo expuesto se apunta precisamente que las ideas de justicia, verdad y legitimación, fueron premisas utilizadas por Rodolfo Walsh, uno de los escritores que pasaron a formar parte de la multitud desaparecida bajo el poder de “la junta militar de turno en Argentina” y “los siniestros gobernantes del país” (p. 59). Walsh plasmó tintes denunciatorios en su obra *Operación masacre*, y, en general, fue un artista revolucionario, prestigioso e incómodo, que “provocó la ruptura de todos los esquemas convencionales referentes al escritor aceptado por el sistema editorial y (...) puso sus conocimientos y su capacidad al servicio de la subversión (...) sus libros y su praxis fueron una propuesta de autodeterminación para la colectividad” (p. 73). Justamente en los límites territoriales del anterior estaría Osvaldo Soriano, otro argentino cuya novela *Cuarteles de invierno* es, a juicio de la autora, una obra literaria e ideológicamente encomiable, dada su inmersión en la “precariedad del individuo triturado” por un aparato represivo, terrible y brutal (pp. 167, 168).

En resumen, estas son algunas de las coordenadas del libro de Judit Gerendas, que nos hemos permitido reseñar. Es evidente que a lo largo de todo el volumen la autora mantiene una enorme solidaridad con los oprimidos, aunque la vía científica sea naturalmente la propia literatura. Con innegable pasión crítica, Gerendas se inscribe entre los especialistas que toman la escritura como derrotero abierto y polémico, y, por ende, su libro es un estudio que aborda las letras sin eludir los dilemas culturales de “Nuestra América” (en terminología martiana). En este libro se barajan serios cuestionamientos dialécticos, y lo curioso — y meritorio — es que eso se dé junto al despliegue literario: el escritor aparece con la primordial función de renovar recursos y estructuras artísticas. Diríamos, por último, que, al transmitir sus inquietudes, Gerendas logra contagiarnos su afortunado y absoluto convencimiento de que los valores profundos de América están, frecuentemente, en esas zonas ocultas, soslayadas y menospreciadas tanto por la historia oficial como por la crítica literaria más elitista.

Petra-Iraides Cruz Leal
Universidad de La Laguna